

Como la encina

A la memoria de Covarsí, porque conquistó nuevas glorias para Extremadura.

Bien honda la raiz, caló la entraña
de la tierra extremeña que le acuna
y le manó sus jugos de secano
más ricos de sabor que vino añejo.

Por eso fué el pintor como la encina:
austero, soñador y siempre el mismo,
sólo para horizontes dilatados
y perenne en su amor a Extremadura.

Y así le floreció nuestro paisaje
—hombres, tierras y cielo y colorido—
iguales en el ser y la manera.

Y por eso, seguros, sus pinceles
templados en la paz de nuestras auras
fueron ahora también, conquistadores.

José CANAL

¡Fué un crepúsculo más...!

ME abordó en plena calle, esquina de Felipe Checa, junto a la antigua librería de Antonio Arqueros, generoso e inolvidable amigo de todos; a la hora burguesa del mediodía, la menos propicia a preocupaciones estéticas...

Solicítaba mi modesto concurso en una velada radiofónica que se proyectaba dedicar a Adelardo Covarsí, el insigne artista desaparecido.

Como es grande amigo y gran poeta en la ciudad, yo no pude negarme:

—Bueno—contesté, ese «bueno» escueto, lánguido y opaco, con que los extremeños garantizamos el cumplimiento de una promesa, sin más «florituras» de exclamaciones ni sonrisas ambiguas... En seguida el «adiós», seco, inarmónico, también extremeño.

Y fué tan breve el encuentro y tan concisa la plática que, a los pocos minutos, estuve a punto de arrepentirme de mi promesa... Porque, si la proyectada emisión radiofónica iba a ser un homenaje solemne y entonado al pintor egregio—con todo aparato de tecnicismos y elucubraciones críticas, donde campease la inteligencia erudita—, mi pobre voz de aprendiz de poeta tendría que sonar a graznido vacuo y pretencioso... Pero en seguida imaginé que lo que estaría «en el aire» a la hora simpática de esa emisión sería, sin duda, una sencilla evocación, íntima y sentimental, del hombre y del amigo cuya vida entera fué un ensueño incoercible de belleza eterna, incontaminada de afeites deleznable de última hora, que acertó a realizar,—con amplia proyección transcendente y humana—, en el tibio recinto de su hogar amantísimo, dentro del contorno de su región, bajo la luz y el cielo de Extremadura...

Y me decidí con toda el alma a complacer a mi amigo el poeta.

Mesándome los cabellos y mordiéndome las uñas, a los pocos días, hilvanaba sobre las cuartillas unos renglones cortos, más o menos simétricos—de estos que llaman versos—; ... y quedé desolado... Porque, al releerlos, se me antojaron una cosa lúgubre, atrabiliaria, estúpida... ¡No es esto! ¡No es esto!—grité furioso, rasgando las cuartillas... ¡Adelardo no ha muerto! ¡No ha muerto!; ha partido, nada más, a otro mundo remoto y enigmático; tal vez al mundo encantado de sus sueños... Estará su cuerpo quieto, silente en la oquedad de una tumba; pero los destellos, la vibración creadora de su alma de artista sigue latiendo imperecedera, triunfando, viviendo en su obra y en el corazón de los que le amaron... El artista no muere como mueren los otros; se aleja, solamente; se oculta tras la plateada nebulosa que marca el misterio del más allá, donde la Hermana Muerte, la novia fidelísima, lo espera y lo retiene entre sus

brazos hasta el día de la suprema apoteosis... El artista no muere como mueren los otros; por eso no le va bien a su recuerdo la elegía ni la marcha fúnebre...

Y como lo que yo pudiera escribir en verso, sin quererlo, vendría ahora envuelto en un sombrío velo de lágrimas,—y si está bien llorar al amigo ausente, no podemos llorar al artista, que entre nosotros perdura—, determiné evocar algunos recuerdos gratos «del tiempo viejo», expresándome, preferentemente, en la humildad sincera de la prosa, que también es arte...

Escribí una vez a propósito de López Prudencio, el amigo entrañable de Adelardo:

—«para el que siente, sufre, espera y ama,
pluma, lira o pincel; todo es lo mismo».

Pues ahora, parodiando mi propio pensamiento, podría decir:

—«Para el que siente, sufre, añora y ama,
prosa, verso, oración; todo es lo mismo».

* * *

Estaba la Escuela de Artes y Oficios en un viejo caserón esquintero, entre la calle de los Mesones y la de Corregidores. Conservaba ligeras reminiscencias de palacio, y allí dicen que naciera Luis de Morales «El Divino».

De niño —nueve años, tal vez— asistía yo a las clases nocturnas de dibujo... Don Felipe Checa, el querido maestro que supo prestar a los objetos más humildes palpitaciones de vida luminosa, pacientemente, noche tras noche, iba adiestrando nuestros dedos y nuestros ojos infantiles en la dura disciplina de dominar la línea y sorprender el huidizo secreto del claro-oscuro.

Aquella semana hacía yo mi primera muestra de «sombreado»... Sobre el tablero me puse a trabajar con entusiasmo febril. De vez en cuando, miraba de soslayo a mis compañeros de banco y levantaba mi mano izquierda, empuñando un manojo de «difuminos», con la misma genial arrogancia con que Don Diego Velázquez de Silva empuñaría sus mágicos pinceles ante el cuadro de «Las Meninas».

Y llegó la noche del sábado... La dedicaba Don Felipe a corregir nuestro trabajo semanal. Charlaba yo con mis compañeros colaterales, cuando adiviné a mis espaldas la figura erguida del maestro; con sus bigotes ensortijados, como un capitán de los Tercios de Flandes; gran cazador, amigo de calderetas y francachelas los días de holganza... Miraba la muestra y mi dibujo:

—Borra—me dijo—; eso está mal ..

Una oleada de vergüenza me arreboló el rostro y me zumbaban los oídos.

—Levanta—, me ordenó.

Le cedí mi puesto y me situé detrás. Empuñó el maestro mi propio lapicero, armado de carboncillo, y con aquella nerviosa seguridad de trazo que nos embelesaba, iba haciendo surgir los rasgos esenciales del modelo como bajo el conjuro de un encantamiento... Luego, levantándose, añadió:

—Vuelve a hacerla esta semana...

Anunció la hora el bedel. Terminaba la clase. En pocos minutos todó quedó solitario en el silencio lóbrego del caserón. Con mi pobre dibujo, sucio y arrugado, me encontré, sin saber cómo, en el vestíbulo, llorando... Unas manos suaves, posándose en mi hombro, me hicieron volver la cabeza...

—¿Qué te pasa?—inquirió una voz con inflexiones amigas...

Era Adelardo Covarsí... Unos años mayor... Pertenece a la sección especial donde se iniciaba en la técnica del colorido y del paisaje... Nos conocíamos de antes... Nuestros padres eran también amigos; correligionarios en «el noble ejercicio de la caza»... Me miraba Adelardo con sus ojos claros, inteligentes, en los que había una sombra de piedad... Bajo aquella mirada acabó de desgarrármese la congoja en sollozos largos... Sorbiéndome los mocos y las lágrimas, le conté mi tragedia, el naufragio ridículo de mis ilusiones.

—No te apures, hombre—; y me miraba casi paternalmente... —A ver...

Me sonrojé de nuevo y le entregué mi trabajo. Me hizo notar mis errores de enfoque y de dibujo. Luego, sobre un banco del vestíbulo; a la luz moribunda del farolón enorme, en un pliego aparte, se puso a reproducir el modelo, de memoria, con tal seguridad de línea y una delicadeza tan suya en la gradación de sombras, que mis ojos, desmesuradamente abiertos, adivinaron en él un gran artista y un gran corazón... Y aquella noche me consideré a mí mismo «un pintor fracasado»... Y no fué aquel el único fracaso de mi vida.

Para mí al menos, la obra de arte que, en el que lee, escucha o contempla, no remueva los fondos misteriosos del subconsciente, despertando experiencias dormidas bajo los estratos del tiempo, podrá ser un estimable alarde de habilidad y pericia técnica, pero nunca una llamarada del genio. Y toda la obra ingente de Adelardo Covarsí—más allá, y por encima, de tipos regionales, de campos y aire extremeños—tiene un enorme poder de sugerir; es venero riquísimo de evocaciones...

Los perros, los cazadores y contrabandistas de sus obras maestras me hacen siempre revivir mi infancia entera y largas etapas de mi juventud; porque eran entonces para mí motivos cotidianos, familiares... Por algo me considero también «un cazador frustrado».

Admiraba yo uno de sus maravillosos retratos... Era una joven, casi niña aún; de escorzo esbelto y grácil en la sencillez aristocrática de su vestido... Bajo la mantilla española una sonrisa leve, dorada; y baja de sus ojos un efluvio de luz serena y afectuosa que va envolviendo la figura toda en un halo impalpable de inocencia...

—¿Es Valentina? ..

—No. Es su hija—; me contestaron.

Y es que aquella luz tranquila y dorada, años atrás, la había yo visto fluir de los ojos de Valentina, la dulce esposa del artista; cuando ella y yo éramos niños y, por las tardes, compartíamos nuestra merienda, nuestros juegos y nuestras rabieta bajo la mirada de nuestras respectivas madres, que también eran amigas.

Y un poco después del crepúsculo, esos crepúsculos nuestros que Adelardo amó tanto, el hijo querido y la dulce esposa del artista recogían la luz postrera de sus ojos y el último latido de su corazón.

Muere la tarde. El sol sus flechas de oro
recoge en su carcaj violeta y grana.
Se enrojece la curva del Guadiana
cual sangre fresca en un alfange moro.

El aire es seda, tul, cristal sonoro.
Y todo el Occidente es la ventana
de una mansión fantástica y lejana
en que un ígneo dragón guarda un tesoro.

Eras pintor; también eras poeta;
cada nuevo crepúsculo ponía
un nuevo rosicler en tu paleta.

.....

¡Fué un crepúsculo más!... Callado, inerte,
espera el resplandor de un nuevo día
en los pálidos brazos de la Muerte.

ELOY SORIANO. Pbro.

LA VIDA EN CACERES EN LOS SIGLOS XIII AL XVI y XVIII

Por MIGUEL A. ORTI BELMONTE

Segundo volumen de la Colección de Estudios Extremeños
(Sección de Historia), publicado por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES



Voces y expresiones viciosas

Destacar

A un escritor que tiene un estilo propio, original, personalísimo, nunca le faltan imitadores. Todo lo

que es singular, nos arrastra y subyuga. Pero mientras los espíritus fuertes, dotados de múltiples recursos nativos, se limitan a mostrar su admiración al escritor original, sin caer en la torpeza de imitarle, los autores mediocres incurren en tal bellaquería, y lo triste del caso es que sólo toman del modelo sus tranquillos o muletillas, porque, naturalmente, es lo más asequible y pegadizo.

En las escuelas poéticas, por ejemplo, fuera de las figuras capitales, el resto denota en seguida la pobreza de su estirpe o traza en la particularidad de que sólo asimiló defectos y extravagancias. Lo substancial y señero se prodiga poco. Si se prodigase dejaría de ser señero, es decir, único, sin par.

Azorín, con el empleo frecuente de los diminutivos, con la interminable procesión de nombres propios, de adjetivos antepuestos al sustantivo, con la supresión de los pronombres relativos y el uso incorrecto del pronombre personal, ha dado origen a una buena turba de remedadores. Y como entre las muchas impropiedades que ha cometido este autor en las, por otra parte admirables páginas de *Castilla*, *Los Pueblos*, *El alma castellana*, *La ruta de Don Quijote*, hállase el vicioso empleo del verbo *destacar*, la legión de sus admiradores e imitadores, ha caído también de hoz y de coz en el malhadado solecismo. No estarán, pues, de más estos renglones, que tienden a restituir dicha voz a su correcto uso.

Dos atentados o injurias pueden cometerse con ella: una respecto del régimen que le corresponde, otra en lo que se refiere a su auténtica significación.

«Destacar las torres del castillo en lo azul» es una construcción reprensible, de la que debe huir como del diablo, todo el que se precie de rendir culto a las leyes del lenguaje.

Si usamos este verbo como activo sólo deberemos hacerlo con uno de estos dos significados: «separar del cuerpo principal una porción de tropa, para una acción, expedición, escolta, guardia u otro fin» o «hacer resaltar los objetos de un cuadro por la fuerza y vigor del claroscuro, por la acertada aplicación de la perspectiva aérea o por la contraposición de los colores». Como vemos, es palabra que le está reservada a los militares de cierta graduación, pues no cree-